

(DES)CONOCERME A TRAVÉS DEL *DRAG KING*: UNA (AUTO)EXPLORACIÓN AFECTIVA

Jenniffer CÓRDOVA

SUMARIO: I. *Del Drag King y mi encuentro con él.* II. *¿Cómo acercarme a las experiencias?* III. *De cuando fui Alex y no supe quién era.* IV. *Reflexión de cierre: ¿Entonces cómo nombrarme?* V. *Bibliografía.*

El presente trabajo pretende exponer y problematizar una experiencia (mi experiencia) en diálogo con la de otras cuatro personas¹ con quienes compartí un taller de *Drag King*,² en la Ciudad de México a principios de 2018. Para ello, hago uso de la antropología encarnada³ y de la perspectiva epistemológica feminista, para reivindicar el nivel autoetnográfico en el análisis a través de una (auto)exploración afectiva y retomar la pertinencia de partir de una misma para entender a les otras⁴ y viceversa, sobre todo cuando se han tenido

¹ El taller de *Drag King* del que fui partícipe estuvo compuesto por otras siete personas, pero sólo realicé entrevista a las cuatro participantes que se mencionarán en este texto.

² El término *Drag King* también es entendido como *cross-dressing* o en español como travestismo y los talleres *Drag King* son espacios donde desde el feminismo se retoma esta práctica para repensar la construcción de género e interpelar a la propia identidad.

³ Esteban, Mari Luz, “Antropología encarnada. Antropología desde una misma”, *Papeles del CEIC*, Universidad del País Vasco, núm. 12, 2004, pp. 1-21.

⁴ Hago referencia a mí misma tanto en femenino como en neutral; asimismo, hablo en plural haciendo uso de la “e” por las diversas identidades que conformábamos el grupo.

vivencias similares, así como reivindicar la postura de que estas experiencias colectivas generan conocimiento legítimo.

El objetivo de este trabajo es intentar plasmar y entender(me) lo ocurrido, buscar respuestas y dejar algunas preguntas abiertas sobre el transitar de las identidades y los afectos que se generan con una misma y con los otros.

La razón inicial de participar de un taller *Drag King* era el cuestionamiento sobre su funcionalidad como herramienta de concienciación feminista, ya que así se ha construido esta actividad, partiendo de que la experiencia podría propiciar un espacio de reflexión y análisis de las construcciones del sistema sexo-género en general y de la propia identidad en particular, a lo que yo estaba algo escéptica porque no terminaba de entender la manera en la que travestirse de hombre permitiera o accionara esta reflexión, más allá de entender a nivel teórico las bases de esta construcción.

Pero la experiencia resultó más transgresora de lo que esperaba (como suele suceder en las cosas en las que uno pone el cuerpo) por lo que en esta ocasión es desde donde hablaré, de lo personal, de las dudas que se generaron a partir de este taller, las entrevistas y un suceso posterior, la asistencia a un grupo no binario.

I. DEL *DRAG KING* Y MI ENCUENTRO CON ÉL

Cuando he llegado a hablar con algunas personas sobre el *Drag King*, me he topado con un completo desconocimiento del término; para hacer una asociación rápida, suelo preguntar si saben qué es el *Drag Queen* y la respuesta casi siempre es afirmativa, así que les explico que es el símil, pero en masculino.

Pienso nuevamente cómo el uso del *Drag Queen* para performar o parodiar la femineidad se ha vuelto mediático, ocupa un espacio social reconocido, que genera dinero, etcétera, pero una mujer que intenta apropiarse de la masculinidad sigue quedando en la periferia, en principio por ser mujer y porque se considera una transgresión el intentar ocupar los espacios masculinos, en-

tre otras razones. Cuestión que, si bien no tiene espacio en este texto, considero importante matizar, pues se conecta directamente con el desconocimiento sobre este tema, al que con este artículo pretendo aportar, explicando brevemente lo que he llegado a encontrar al respecto y mi encuentro con él.

A lo largo de la historia hemos encontrado a mujeres que realizan “imitaciones” de hombres o *performances* de la masculinidad, pero a diferencia de términos como “male impersonator” o “passing women”,⁵ el *Drag King* incorpora la parodia y expone la teatralidad de su acto de forma consciente. Este acto revela la construcción de la masculinidad y permite pensar alternativas de la identidad de género.⁶

Las prácticas *Drag* ponen en tensión las lógicas binarias heteronormativas, pues a través de este *performance* se pueden tensionar y problematizar las normas que rigen las definiciones de género.

Si el género se produce mediante una estilización del cuerpo que obedece a una ilusión de coherencia —la cual se consigue a través de la significación que confiere la matriz heterosexual—, así como de una repetición reiterada de actos que materializan a los cuerpos —dividiéndolos en aquellos que importan y aquello que no—, el *Drag King* irrumpe poniendo en cuestión la existencia y supuesta naturalidad de un original previo a la *performance drag*. Esto implica desestabilizar la continuidad entre cuerpo, género y deseo, evidenciando la complejidad, inestabilidad y multidimensionalidad tanto de la identidad como de los procesos de encarnación del género.⁷

⁵ Términos que existían con anterioridad a la acuñación de *Drag King* y que dan referencia a mujeres que en salas de concierto parodiaban a cantantes masculinos, remitiendo a la época victoriana de Inglaterra, aceptable mientras estuviera confinado a estos espacios de entretenimiento.

⁶ Escudero Alías, Maite, “La retórica ambivalente de la *performance drag king*: estereotipos y parodia de la masculinidad en un contexto anglosajón”, *Arte y políticas de identidad*, Universidad de Zaragoza, vol. 1, 2009, pp. 49-64.

⁷ Pons Rabasa, Alba, “Los talleres *Drag King*: Una metodología feminista de investigación encarnada”, *Investigación Teatral. Revista de Artes Escénicas y Performatividad*, vol. 9, núm. 13, 2018, p. 74.

Jack (Judith) Halberstam, uno de los pioneros teóricos al respecto, conceptualiza lo que es un *Drag King*, al señalar que alude a una mujer que se viste con ropa de hombre para interpretar la masculinidad, por lo general paródicamente; y lo diferencia de la imitación de un hombre que se ha hecho históricamente como género teatral, en la que se intenta asemejarse al hombre de manera plausible como objeto de su actuación.

Además, diferencia estas dos formas de representación, la de la mujer con ropa de hombre y la imitación como género teatral, de una *Drag Butch*, que sería una mujer masculina que viste ropa de hombre como parte de su expresión de género cotidiana y es un rol lesbiano, mientras que los otros no lo son necesariamente.⁸

Lo que me ocurrió en el taller *Drag King*, que relataré más adelante, tiene relación con esta diferenciación que hace Halberstam, entre ser una *drag butch* y ser un *Drag King*, pues mi primer choque se dio al pensar construir una identidad de varón en toda su extensión, con historia de vida, intereses y aspecto masculino y no sólo continuar con mi *performance* de masculinidad femenina.⁹

Escudero Aliás menciona que el surgimiento del fenómeno *Drag King* en Estados Unidos no fue una casualidad, ya que más bien encontró un terreno fértil con la época dorada de la teoría *queer* y otros discursos disidentes como el feminismo posmoderno, la teoría poscolonial y los estudios culturales.¹⁰

Este fenómeno fue tomado por el feminismo a través de la realización de talleres con el objetivo de impulsar un análisis y deconstrucción de la identidad de género en general, y de lo considerado masculino en particular, a través de la experiencia del cuerpo.

⁸ Halberstam, Jack/Judith, *Masculinidad femenina*, Barcelona-Madrid, Ega-lés, 2008, p. 258.

⁹ El término masculinidad femenina aparece por primera vez en el libro de Halberstam, *Female Masculinity*, publicado en 1998, donde funciona como una “categoría paraguas”, útil para describir a aquellos “sujetos asignados mujer al nacer y que tienen un aspecto masculino y/o despliegan diferentes formas de masculinidad”.

¹⁰ Escudero Aliás, Maite, *op. cit.*, p. 51.

Una de las principales exponentes de los talleres *Drag King*, algunos incluso la consideran como parte de su origen, es la *performancera* feminista Diane Torr, quien alrededor de la década de los noventa fue muy popular en Nueva York.¹¹ “A través de la enseñanza de diversas técnicas, como vendarse el pecho o hacerse una barba, así como metodología teatral para representar masculinidades, pretendía que sus alumnas “pasaran” como hombres y pudieran “experimentar la autoridad del hombre, su territorio y sus derechos”.¹²

La primera vez que leí sobre los talleres *Drag King* fue durante un seminario hace un par de años y aunque en ese momento me llamó la atención el tema, no tuve un mayor acercamiento. Pero cuando llegó el momento de decidir el argumento de mi tesis de la maestría, sabía que tenía que analizar la construcción de la feminidad, cuestión con la que siempre me he sentido incómoda.

Decidí cuestionar la funcionalidad de los talleres *Drag King* como herramienta de concienciación feminista, como ya expuse al inicio, porque me sentía escéptica de su eficacia, pues creía que no había mayor diferencia entre aprender la teoría y realizar la práctica corporal; pero impulsada por mi asesor, debía hacerlo desde la propia experiencia, de otra manera no podría describir y hablar de los procesos que ocurren durante este ejercicio y comprobar si había alguna diferencia.

Aunque tenía cierta resistencia inicial, porque se me había enseñado que para pertenecer a la academia una debía ser objetiva, distanciarse del sujeto de estudio y no dejar plasmado en el trabajo interpretaciones ni evidencia de la propia subjetividad, parecía que era el momento de considerar otras posibilidades de aproximación: si estaba apostando por la deconstrucción del género, también podía deconstruir el cómo generar conocimiento y atreverme a poner el cuerpo.

¹¹ Del LaGrace Volcano data en el año 1985 la primera vez que “vio un acto *drag king* en San Francisco” (Volcano y Halberstam, 1999, p. 10), pero es en 1990 cuando Torr imparte su primer taller.

¹² Pons Rabasa, Alba, *op. cit.*, p. 59.

Así que, siendo residente de Morelia, Michoacán, y sin encontrar mucho relacionado con la escena *drag* en esta ciudad, me di a la tarea de buscar en la Ciudad de México, donde, por un golpe de suerte, estaba programada una actividad denominada “Laboratorio *Drag Kīng*: Deconstrucción y *performance* de identidades”, impartido por Sayak Valencia,¹³ en el Centro Cultural Border.¹⁴ Sería una actividad que duraría tres días y combinaba teoría y práctica, ¡me resultó perfecto! En ese mismo instante realicé mi inscripción y emocionada viajé para experimentar vivir un taller *Drag Kīng*.

II. ¿CÓMO ACERCARME A LAS EXPERIENCIAS?

Antes de entrar en los detalles de la experiencia, me gustaría plantear la manera en la que me aproximaré a esta vivencia, para tratar de desmenuzar, así como para justificar, por qué abordar este tema desde donde lo hago; aunque ya he mencionado un poco por qué por primera vez, de manera consciente, he puesto el cuerpo. Enmarco este trabajo desde una epistemología feminista porque me reformulo las estructuras de autoridad epistémica y me sumo a la crítica a los ideales de objetividad, racionalidad, neutralidad y universalidad.¹⁵

Sin intención de privilegiar la subjetividad sobre la objetividad, sino más bien intentar superar esta dicotomía, es que reconozco mi lugar situado en esta investigación; como alienta Donna Haraway, a reconocer la visión parcial del conocimiento y a abandonar una visión total y totalitaria de éste:

¹³ Académica, *performer* y activista. Profesora e investigadora en el Colegio de la Frontera Norte, Tijuana, México.

¹⁴ Este espacio se localiza en la colonia Roma de la Ciudad de México y se dedica a la producción, formación y vinculación en el campo de la cultura contemporánea, abordando discursos propios de las humanidades y las ciencias desde aproximaciones estéticas.

¹⁵ Blazquez, Norma *et al.* (coords.), *Investigación feminista. Epistemología, metodología y representaciones sociales*, UNAM, 2012.

La topografía de la subjetividad es multidimensional, y también la visión. El yo que conoce es parcial en todas sus facetas, nunca terminado, total, no se encuentra simplemente ahí y en estado original. Está siempre construido y remendado de manera imperfecta y, por lo tanto, es capaz de unirse al otro sin pretender ser el otro.¹⁶

Por tanto, reconocer mis componentes, atravesada por diversas intersecciones que me sitúan desde un lugar privilegiado por tener acceso a una educación de posgrado, en un tema como los estudios de género, con una economía de clase media que me permite viajar a la Ciudad de México para participar de un taller como el que describiré.

También me situó desde una posición de mujer que se ha alejado de los estereotipos de la feminidad, joven de 28 años, con identidad abiertamente lesbiana y una cultura norteña.¹⁷ Desde estas dimensiones de vida es que me aproximo a esta experiencia en específico. Además de que con este tipo de abordaje pretendo atender a la invitación que hace Alba Pons Rabasa “a perder el miedo a traspasar los límites corposubjetivos,¹⁸ también en los trabajos de investigación”:

Pensar el *drag king* como técnica de investigación encarnada incita a mantenernos en una postura crítica y de continua reflexividad respecto a nuestro propio lente analítico, indudablemente permeado por nuestra subjetividad y corporalidad. Al mismo tiempo, nos permite comprender desde el cuerpo que la produc-

¹⁶ Haraway, Donna J., *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*, Madrid, Cátedra, 1991, p. 331.

¹⁷ Nací y crecí en Ciudad Victoria, Tamaulipas, hasta los 18 años y luego viví en Monterrey, Nuevo León, por siete años. Nunca sentí o reconocí tener identidad norteña hasta vivir en el Bajío, donde me convertí en la otredad y determinó la manera de relacionarme con personas locales.

¹⁸ Alba Pons Rabasa propone “la corposubjetivación como el proceso mediante el cual las subjetividades se van encarnando y en el que las representaciones sociales en torno al género, racialidad y clase participan performativamente de forma compleja, particular y constante”. Véase Pons Rabasa, Alba, *op. cit.*, p. 77.

ción de conocimiento en torno a la materialización de los sujetos debe virar necesariamente hacia una producción que no obje-tive las experiencias, que atienda a la compleja articulación entre la experiencia y sus propias representaciones, contemplando que nuestra tendencia espontánea en tanto sujetos, no es una citación perfecta de los ideales regulatorios sino la búsqueda y constante construcción de un modo de existencia vivible.¹⁹

Realizaré una breve (auto)exploración afectiva para abordar la experiencia del taller *Drag King*, e intentaré descifrar(me) desde ella, entendiendo los afectos como uno de los “giros” en la manera de pensar e investigar sobre la realidad social y reconfigurar la producción de conocimiento en varios niveles, priorizando aquello que se siente.²⁰

Me apego a la máxima spinoziana del afecto entendido como la capacidad de afectar y ser afectado, por lo que no puedo permanecer en un soliloquio en esta narración y la intervengo con cuatro entrevistas realizadas posteriormente a algunas personas del taller, dos de ellas al día siguiente y dos más unas semanas después, en el marco de una segunda reunión lúdica donde algunos volvimos a *draguearnos*. Espero que este juego metodológico me permita una aproximación desde mi lugar en el mundo con respecto a las dinámicas sociales, pasando por los rincones de la propia identidad.

III. DE CUANDO FUI ALEX Y NO SUPE QUIÉN ERA

El 8 de marzo llegué al Centro Cultural Border pensando que estaba preparada, que iría a realizar un ejercicio performático sobre la masculinidad, tarea que asumí sencilla siendo una lesbiana con expresión de género masculino, una *drag butch* como diría Halbers-

¹⁹ Pons Rabasa, Alba, *op. cit.*, p. 76.

²⁰ Para profundizar sobre los giros afectivos véase Lara, Alí y Domínguez, Enciso Guiazú, “El Giro Afectivo”, *Athenea Digital. Revista de Pensamiento e Investigación Social*, Universidad Autónoma de Barcelona, vol. 13, núm. 3, 2013, pp. 101-119.

tam; pero, durante el ejercicio, me tocó asimilar que tener una expresión masculina no era ser hombre, y aunque es algo que a nivel conceptual lo tenía claro, al “actuarlo” se volvió tangible, por decirlo de alguna manera.

Siempre tuve claro que yo no quería ser hombre, esta identificación me resultaba hasta un tanto grotesca, teniendo en consideración las experiencias de haber sido socializada como mujer y el entendimiento de que “el hombre” es el enemigo del que una debe protegerse, condicionar toda actitud, vestimenta, vocabulario, uso de espacio público, etcétera, para no vivir acoso, violencia, ser asesinada...

Con lo que socialmente se suele entender de lo que significa ser hombre, y teniendo en cuenta mi experiencia personal, ¿cómo iba a querer ser algo así? Incluso, considerando los privilegios que conlleva esta identificación, no era suficiente para que se generara el deseo en mí.

Pero, bajo esta misma regla de pensar en una identificación con base en lo que socialmente se entiende de este binario, la realidad es que el traje de “mujer” nunca me ajustó tampoco. Es aquí donde el cuerpo (mi cuerpo) entró en conflicto ante las prácticas transgresoras del *Drag King*, no sólo a un nivel performático, sino también discursivo, donde el dejar de nombrarme en femenino también tuvo su peso.

Tengo que decir que el grupo con el que me tocó vivir esta experiencia fue muy enriquecedor, éramos ocho personas guiadas por Sayak Valencia para cuestionar nuestras construcciones y “aprender” a ser hombres. Les ocho estábamos en un promedio de edad de los 21 a los 35 años, a lo mucho. Además, había una mayoría de personas que nos identificábamos como lesbianas o bisexuales. Algunas estaban concluyendo la licenciatura, varias estábamos en un posgrado o estudiando algún seminario o algo relacionado con el género y nos había causado curiosidad acercarnos a un taller *drag* por primera vez. Pronto hubo buena cohesión grupal.

El primer día compartimos un poco sobre quiénes éramos, por qué estábamos ahí, revisamos la teoría, Sayak expuso los orí-

genes y diversas prácticas del *Drag King* y dialogamos sobre la construcción de género y esta idea de “naturaleza”; también hablamos sobre las diversas representaciones de la masculinidad y como ésta es un eje rector incuestionable.

Para el segundo día se nos solicitó llevar vendas. Hicimos una especie de prueba antes de travestirnos completamente, practica-mos el vendarnos los senos, cosa que no es tan sencilla si tienes un poco más que copa A. Lo hicimos entre risas y apoyándonos para realizar el vendaje y que quedara justo; creo que teníamos una sensación común de emoción. En lo personal sentía una opresión en el pecho, cierta rigidez en el torso y constantemente sentía que se me salían los pechos sobre el vendaje. Lo había hecho de manera circular; más tarde aprendimos que lo mejor sería hacerlo de manera cruzada primero y luego colocar una segunda venda circular; para el siguiente día funcionó mejor esta técnica.

La tarea para el día siguiente era construir el personaje, inventar su historia, llevar la ropa que utilizaría, ponerle un nombre y, claro, llevar el maquillaje, condones, algodón y cualquier elemento que nos ayudara a ser “él”, así que fui a comprar una pintura en aerosol color plateado y alisté un moño color guinda que iría con mi personaje.

Admito que desde mi corposubjetividad sentí que fracasé un poco en este ejercicio porque no pude “desprenderme” de mi yo al hacerlo, no podía representar una masculinidad hegemónica,²¹ o una masculinidad tóxica, de esas que tanto señalamos, nada con tintes de machismo o misoginia; así que para lo más que me alcanzó fue para hacer de un “macho progre”,²² alguien que por lo menos a media vista pareciera aliado de la lucha feminista, amigable, de aspecto “arreglado”, al estilo *hipster*. Me inspiré en dos amigos y tomé el nombre de uno, decidí ser Alex.

²¹ Concepto propuesto por R. W. Connell, que hace referencia a la masculinidad dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres, aportando legitimidad al patriarcado.

²² Denominación coloquial a los hombres que, asumiéndose progresistas o incluso feministas, continúan replicando el machismo en su día a día.

A través de las entrevistas pude saber que también a otras les resultó un poco ajeno su hombre; aunque en el momento parecían encarnar sin ningún problema estas masculinidades, me comentaron que nunca se sintieron cómodos o que se sorprendieron por la persona que terminaron representando.

El sábado, último día del taller, llegamos a realizar unos ejercicios para soltar, para ocupar el espacio, bailamos, caminamos como se supone nuestro hombre lo haría, interactuamos entre nosotros. Hasta aquí todo bien. Pero empezar a modificar el cuerpo, aunque sea superficialmente, tiene sus implicaciones.

Pensar el cuerpo como soporte de identidad únicamente nos regresaría a la oposición entre lo material y lo simbólico, como bien desarrolla Sabsay,²³ pero al menos para mí, trasladar la producción discursiva al cuerpo sí tuvo un efecto descolocador, porque el intervenirlo o transformarlo me hizo repensar qué cosas de mi identidad están cargadas de significados justamente adjudicados a este cuerpo generizado. Pasamos a esconder algunas cosas, crear otras, simular facciones y entonces, aprender a caminar, a mirar, a ocupar el espacio como se supone que lo hacen quienes han sido socializados como varones.



Foto tomada por la autora durante el taller.

²³ Sabsay, Leticia Inés, “La performance Drag King: Usos del cuerpo, identidad y representación”, *Revista Question*, Universidad Nacional de La Plata, vol. 12, 2006, pp. 1–11.

Andar por la vida con los senos vendados no es tan sencillo, pero andar por la vida con un pene hecho de un condón relleno de algodón entre las piernas fue de lo más incómodo, sobre todo si te dejas llevar y quieres ser “un hombre bien dotado”; sentí que la envidia del pene que se inventó Freud era de lo más falso, eso me estorbaba todo el tiempo, tenía que considerarlo al caminar, al sentarme, al acercarme a otras personas.

Pero mientras a mí me estorbaba, para algunos de les compañeros del taller parecía que se volvía parte de ellos, también se había vuelto un centro a considerar pero que abrazaban con gusto, que se volvía el referente de los chistes, que caminaban con la pelvis más inclinada al frente y servía para, como coloquialmente se refiere “arrimársela” entre ellos.

Durante el taller pude reflexionar en torno a la sanción social que implica salirse de las masculinidades aprobadas. Mi *performance* de “macho progre” no logró hacer vínculo con las otras masculinidades representadas, un poco más tendientes a lo “hegemónico”, aunque algunas otras también quedaron aisladas.

El grupo estaba conformado por el buen Richie, un joven de “barrio” que le gustaba la “cascarita” y le iba al América; Diego, un chico que podría ser tu vecino, sencillo con una camiseta, gorra y barba, aunque la intención inicial era encarnar a un marino retirado, padre de familia. Una camiseta blanca, peine en la bolsa trasera de los pantalones y un estilo que te hace recordar a *Vaselina* conformaban a Roger, “el Rudo” para los cuates. Con un estilo setentero, un poco andrógino de pelo largo y bigote, estaba Luca; el Mau fluía siendo él, con camisa de cuadros, lentes oscuros y una actitud osada e impertinente. Con una gorra negra que le cubría la mitad de la cabeza, pero dejaba ver su cabellera aún larga, un bigote, ceja pronunciada, mirada asesina y una caguama entre las manos, se reveló Draco.

Por último, estaba Daniel, quien representaba una masculinidad un poco marica, de pueblo, con bigote apenas perceptible, cola de caballo, lentes y camisa fajada.



Foto tomada por Luis Ixtla durante el taller.

Sobre lectura, se puede suponer cuáles eran esas otras masculinidades que tampoco “encajaron” y que no se vincularon entre sí, por lo que sólo se produjo la cohesión entre algunos de los personajes. Además de nosotres estaba quien nos guió y nos ayudó con la transformación, Sayak Valencia, quien encarnó a un hombre de amplia barba, con capucha y actitud retadora y peligrosa que tenía entre sus manos una navaja con la que jugaba silenciosamente.

Arreglarnos nos llevó un buen rato, mientras unos cortaban cabello para hacer las barbas, otros nos ayudábamos mutuamente para poner tatuajes falsos, a mí me ayudaron a pintarme el cabello de plateado y otros fueron por una caguama para entrar en personaje. Sayak nos sentaba una por una frente a ella para ayudarnos con nuestros peinados, hacernos cejas más prominentes, delinearlos la barba y lo que se ocupara.

En lo que todos estábamos listos, unos jugaban entre sí, bromeaban con ser putos por acercarse mucho, se fumaban un cigarro, nos tomábamos fotos y Draco sólo se mantenía callado, distante, con la caguama entre las manos, nunca dijo una palabra.

Tengo que decir que la transformación de Dulce a Draco fue la más impresionante, a todos nos dejó sorprendidos porque logró ocultar la gran sonrisa que vimos los dos días anteriores que la caracterizaba, así como su voz suave y sociabilidad. En entrevista posterior pude saber que si nunca dijo una palabra fue porque temía que su voz la delatará, y que por primera vez sintió que todo su entorno le pertenecía, que al seguir la indicación de Sayak de pensarse como merecedores de todo, se dio cuenta que nunca le había pertenecido la sensación de ser “súper poderosa”, lo cual le generó un deseo de seguir replicando el *Drag King* hasta que pudiera sentir eso sin la necesidad de cambiar su *performance* cotidiano.²⁴

Eventualmente, salimos a la calle, caminamos unas cuadras hasta un parque para experimentar la sensación de andar sin miedo, de habitar el espacio siendo reconocidos como hombres,

²⁴ Entrevista realizada por la autora a Dulce Angélica L., México, 2018.

o intentado serlo, ya que aun así se percibían las miradas de quienes se cruzaban en nuestro camino, algunos tenían mejor *passing*²⁵ que otros.



Foto tomada por Luis Ixtla durante el taller.

Mientras caminaba, trataba de bromear con Diego, pero todo el tiempo pensaba que debía mantener la actuación, que debía cuidar mis movimientos, lo que decía. Además, estaba sintiendo mi cuerpo apretado por las vendas, cuidando que no se me salieran los senos, abriendo las piernas al caminar. Entonces, tenía más miedo de ser descubierta como un hombre falso, como una imitación, porque hay un estándar del deber ser bajo la construcción de sexo-género que ha implicado un castigo social para aquellas personas que le trasgreden, incluyendo la vida misma, así que, incluso en lo cotidiano, he llegado a temer el no

²⁵ Verbo en inglés que en castellano se traduciría como “pasabilidad”, entendido como práctica de una persona que ocupa una categoría social diferente a la que le ha sido asignada y lo hace de manera “creíble”, véase en Platero, Raquel Lucas *et al.* (eds.), *Barbarismos queer y otras esdrújulas*, Barcelona, Ediciones Bellaterra, 2017.

cumplir con estas normas, el no ser incluso la mujer cisgénero²⁶ que se espera.

Sayak se detuvo con unos hombres que estaban sentados fuera de una construcción y les pidió un cigarro, desde antes de salir a la calle especificó que, si había una situación peligrosa, sería quien controlaría primero, que nosotres no nos pusiéramos confrontativos. Aunque en ningún momento me pareció que corriéramos algún riesgo, ella dijo que sintió la mirada persistente de estas personas y lo mejor era interactuar con ellos; no pasó nada, prendió su cigarro, habló un poco y todes seguimos caminando.

Algo notable es que Mau, quien iba al frente por ratos, pasaba entre las personas sin ningún problema, él ya ocupaba el espacio como “hombre”, pero para quienes seguíamos siendo leídes como “femeninas”, llegamos a chocar hombro con hombro con algunas personas que no abrían paso cuando pasábamos y que sí nos llegaban a mirar.

Diego/Ana me platicó en entrevista al día siguiente que el ejercicio le permitió aterrizar a un nivel afectivo lo que había entendido a nivel conceptual. Que al hacer cosas que generalmente le molesta de la conducta de los hombres, como chiflarle a una mujer, percibió que son las pequeñas cosas las que al final tienen un impacto en la construcción machista, pero que por primera vez sentía que podía hacer lo que fuera porque estaba el espacio para ello, por primera vez no tenía que ser la mujer correcta, mesurada, sensible y callada que le habían enseñado a ser.

Sintiendo mi cuerpo así, mi mente así, insistiendo en querer ser Alex, de pronto se me olvidó que era Jenniffer. No voy a decir que me encantó que se refirieran a mí en masculino, pero sí que dejaran de hacerlo en femenino; pero si no quiero ser hombre y tampoco encajo en la asignación del ser mujer, ¿cómo identificarme?

Cuando platiqué con Luca/Valeria la segunda ocasión que nos reunimos para travestirnos, supe que no era la única que es-

²⁶ “Cisgénero” (abreviado *cis*) es un término utilizado para hacer referencia a aquellos individuos cuya identidad de género coincide con el sexo que les fue asignado al nacer.

taba en esta disyuntiva identitaria. Ella me expresó que si bien el taller no fue el primer espacio en el que se cuestionó su identidad, sí tuvo un efecto, al regresar a “ser mujer”, que le hizo pensar en la feminidad y en la masculinidad que no encarna y en el limbo que a veces se encuentra ante la dificultad de no querer pertenecer a esta dicotomía, pero tampoco ser algo en medio:

Si te das cuenta yo no representé una masculinidad como tal y quise ser andrógino y en ese sentido pues era una morra con bigote, y qué, y no es que yo me sintiera eso, así me leían las personas. Me gustó estar en ese papel, pero cuando regresé me pesó demasiado, porque regresé y dije cuánto de mi personalidad está con base en mi género. Me he preguntado si me quitara este género, qué queda mío, en esta idea de mi persona, qué realmente está ahí, que realmente es externo a ser mujer o ser hombre.²⁷

Cuestionar la identidad o el ser no es algo nuevo, ha sido objeto de preocupaciones ontológicas de la construcción del pensamiento filosófico occidental desde el principio, y, aun así, hoy nos seguimos preguntando ¿quiénes somos? Y en este sistema de regulación y control de las subjetividades ¿se puede ser sujeto sin género?

Yuderkys Espinosa señala que es necesario evaluar la política de identidad como restrictiva en tanto a su construcción dentro de una lógica binaria de oposición, en donde soy en la medida en la que no soy el otro. Conuerdo con Espinosa en la opresión y subordinación que se ha generado a partir de las identidades, y considero que la postulación no necesariamente sería el existir fuera del género o qué queda de una persona si se retiran estos parámetros, sino el dejar de entender la identidad como algo “natural”, estable y fijo, entender precisamente que no lo es y, como menciona la autora, apelar a que la identidad nunca es el fin, sino el principio de la autoconciencia.²⁸

²⁷ Entrevista realizada por la autora a Valeria M., México, 2018.

²⁸ Espinosa, Yuderkys, *Escritos de una lesbiana oscura: Reflexiones críticas sobre feminismo y política de identidad en América Latina*. Buenos Aires-Lima, En la frontera, 2007, p. 29.

Creo que tanto Valeria como yo, en este momento, podemos repensarnos, no en oposición de lo femenino o lo masculino o de la socialización que tuvimos como “mujeres”, porque en este punto no es que podamos desarmarnos y armarnos a voluntad, sino que tenemos el poder reconfigurar los puntos particulares de la subjetividad y sus intersecciones que podrían permitir(nos) pensar fuera de una dicotomía restrictiva.

Al terminar el taller algunas fuimos a comer, en la plática pude percibir la polifonía de experiencias; dejamos ver cómo para todos se habían abierto diversos procesos o removido algunos, e incluso se definieron dudas sobre la propia construcción de la identidad. Con la persona con la que más me encontraba y más distante me sentía era con Mau, quien se describía como una persona de género fluido,²⁹ que ya tenía un tiempo en un proceso de encontrarse, de haber elegido ese nombre, pero aún se sentía inseguro de dejar atrás a Mariana.

Mau y Richie/Dani, quien también ya había experimentado de alguna manera el travestismo, parecían extasiados, sin duda se habían encontrado en sus masculinidades, por decirlo así, habían conectado en experiencias precedentes a este taller y juntas habían podido ser ellos en ese momento, ya que habían tenido la oportunidad de desenvolver una masculinidad en complicidad de otra que alentaba a seguir explorando(se).

Pero yo no entendía, a mí no me había resultado así de satisfactorio y cuestioné a Mau hasta el cansancio sobre la masculinidad que había decidido encarnar, me parecía reprochable la conducta que habían tenido y lo peor era que para él parecía que había sido quien estaba encontrando ser, no sólo en un ejercicio performático, sino para su cotidiano. Creo que al igual que yo, ese día se fue a casa con cierta confusión y cuestionamientos.

Al día siguiente nos reunimos para tomar un café y realizar la entrevista; me dijo que el taller le significó una liberación del género, de todas las cargas, incluso de los estereotipos masculinos.

²⁹ Cuando un individuo no se identifica con una sola identidad de género, sino que transita entre varias.

“Estoy reconciliándome con mi cuerpo, con mi identidad, y ya no puedo regresar y el taller me sirvió para no dar un paso atrás, para seguir explorando esto”.³⁰ Me explicó cómo toda su vida estuvo en conflicto con la feminidad, con este ideal inalcanzable y cuánto se esforzó por acercarse a él. El acercarse a lo masculino le permitió sentirse más cómodo en la forma de ocupar el espacio, más seguro de sí. Dejó de tener miedo o sentir violencia, porque, como me dijo también Valeria, “adoptar una feminidad, cualquier feminidad, ya es completamente peligroso”.

Pero, para Mau, esta masculinidad también era una barrera, ya que, al ser bisexual, esta expresión de género le alejaba de los varones como objetos de deseo. Esta experiencia se repite en aquellos cuerpos que suelen salir de la matriz heterosexual que determina una correspondencia entre sexo, género, deseo y práctica sexual, como llegó a postular Butler³¹ y como retomaron otras teóricas como Rich y Teresa de Lauretis³² para hablar de la heterosexualidad obligatoria como esta institución que preserva y protege la hegemonía heterosexual y limita a personas como Mau a poder relacionarse de manera menos coercitiva.

Dialogamos un buen rato, hasta que se nos acabó el café de las tazas y el pastel que se comió, y al final no hubo respuestas, sino sólo más preguntas, porque al plantearse hacia dónde podría ir su proceso, se encontró con que quizá no deseaba identificarse como hombre, sino más bien que disfrutaba de la “libertad” que parece dar la masculinidad. “Encarnar a Mauricio con otros *drags*, fue catártico. Al inicio estaba improvisando, dejando fluir en relación a la interacción con otros, y ese que no soy, fui”. Aceptó encontrarse también con la feminidad y no querer abandonarle del todo y quedó abierta la posibilidad de explorarse desde la identificación del

³⁰ Entrevista realizada por la autora a Mariana (Mauricio) V., México, 2018.

³¹ Véase Butler, Judith, *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, España, Paidós, 2007.

³² Para un breve resumen sobre el término, véase Espinosa, Yuderkys, “Heterosexualidad obligatoria”, *Escritos de una lesbiana oscura...*, *cit.*, p. 105.

ser mujer, pero permitiéndose ser quien quisiera ser, sin las condiciones y ataduras de los estereotipos y mandatos género.

No sé si le afecté con aquel diálogo, pero el conocerle fue algo que me afectó a mí. Invitada por Mau, días después, fui a lo que creí que era una charla sobre personas no binarias en el mismo Centro Cultural Border, pero al llegar, me di cuenta de que, más que charla, era un grupo consolidado³³ que se reúne cada cierto tiempo para compartir sus experiencias y coincidir en la manera de habitar este mundo fuera del binarismo.

Primero, debo admitir que me sentí muy incómoda, pensé en retirarme, sentía que no debía estar ahí, que yo no era una persona no binarie y que no podía compartir con ellos y tampoco quería hacerlo. Pero me quedé, y entre más tiempo pasaba ahí, entre más les escuchaba, fui conflictuándome y cuestionándome a mí misma sobre por qué no daba ese paso, qué me detenía o por qué insistía en identificarme como mujer.

Me retiré de ese espacio casi huyendo, no quise ser agregada al grupo por el que mantenían comunicación, expliqué que yo no residía en la Ciudad de México, casi como justificándome a mí misma por qué no volvería a ir a otra sesión. Me fui preguntándome quién soy si no soy quien siempre me han dicho que soy y cómo yo misma me he nombrado, pero tampoco soy ese otro; me fui preguntándome cómo existir fuera del binarismo.

IV. REFLEXIÓN DE CIERRE: ¿ENTONCES CÓMO NOMBRARME?

El *drag* me hizo entrar en un limbo, me obligó a reconocer(me) y encontrar a otras y otras formas de habitar. Pero también a entender que las vivencias fueron muy diferentes, que a cada una

³³ El grupo es conocido como Resistencia No Binarix, dedicado a las personas no binarias y *gender queer*, con el objetivo de generar escucha, apoyo e impulso, incluso para realizar incidencia política y modificar instrumentos jurídicos para su contemplación dentro de la ley. A la fecha se han realizado 11 sesiones en el espacio del CCBorder.

nos removió cosas muy particulares, que a cada una nos confrontó con nuestra propia identidad.

Los afectos generados en ese espacio tuvieron un potencial transformador que nos acompaña aun fuera de una actividad en específico, que nos permite seguir coincidiendo y buscando(nos) porque lo que movió en cada una fue diferente pero vinculante entre sí.

El efecto que yo buscaba en el taller *Drag King* era cuestionar la construcción de la feminidad a través de un *performance* masculino y el resultado fue desconocerme como mujer y desconocerme como hombre, desconocerme como femenina y como masculina, fue sí cuestionar cómo me he ido ensamblando, pero también reconocer con qué piezas no me siento cómoda y replantear la posibilidad de un no binarismo en mi propia vida.

Pero a través de las entrevistas también pude responder a mi cuestionamiento sobre la funcionalidad de los talleres *Drag King* como herramienta de concienciación feminista, porque las cuatro personas que entrevisté coincidieron en sentirse satisfechas de haber tenido esta experiencia, que les permitió repensarse a cada una y, como en el caso de Ana, que me confesó que, con culpa, le había robado la ropa a su hermano a escondidas y mentido a su familia sobre qué había ido a hacer; ahora sabía que no estaba haciendo nada malo y que era una gran experiencia que compartiría con sus amigas:

Se lo recomendaría a mis amigas más frescas, que no se estarían listas, pero sería el cambio más cabrón, de gente que nunca se ha cuestionado, que nunca ha sufrido ningún tipo de discriminación, referente al género, preferencia sexual, que son gente heterosexual privilegiada que nunca ha tenido ningún tipo de problema con el género, identidad u orientación.³⁴

Ana me hizo pensar en algo, me dijo que sus amigas nunca se habían cuestionado nada de esto porque al ser legibles, por qué

³⁴ Entrevista realizada por la autora a Ana Paula M., México, 2018.

se cuestionarían si están bien o no; esto tuvo mucho sentido en relación a por qué en ese taller éramos más personas que salíamos de la heteronorma, o por qué ciertos espacios de reflexión sobre el género está más concurrido por mujeres que hombres, nosotras, nosotres, estamos todo el tiempo afuera y algunos hemos tenido el privilegio de estar en espacios para cuestionar que exista justamente un adentro.

Pensar(me) “aún más afuera” de la dicotomía del género ha sido difícil, una parte de mí sigue resistiendo a dar ese paso, como feminista, tengo muy aprendida la necesidad de identificarse políticamente como mujer bajo la idea de una lucha en común, pero quizás ésta ya no es mi lucha y pueda participar de otras o de la misma, pero desde otra trinchera.

Cuando escucho que se refieren a mí como Jenny, de pronto ya no me reconozco, porque me recuerda a la niña que fui, me remite a mi lado más femenino, a la persona dulce, moderada, correcta que mis padres esperaban que fuera. Prefiero que se refieran a mí solo como Jen, porque, como me decía Mau, incluso el escoger tu propio nombre también empodera, “es preguntarte ¿quién eres tú?”. Pero aún me encuentro ante mi propia dificultad de pedirle a les otras que me llamen Jen, Pienso en mi familia, en mis espacios laborales que suelen ser “formales”, en tener que explicarle a cada persona que conozca cómo y por qué referirse a mí de tal o cual forma, espero poder “avanzar” hacia quien quiero ser.

De igual manera, abordar este trabajo desde una autoexploración me significó un reto, buscar respuestas desde mí misma y les otras, no necesariamente desde la teoría y dejando de privilegiar la objetividad para generar conocimiento, reconociendo la visión parcial de éste, ha sido parte de mi propio aprendizaje y rompe con mis dicotomías, con lo que espero aportar en algo a que otras puedan hacerlo también.

Creo en la plasticidad que tenemos y también en que todo son procesos y que quizá hoy aún no sé cómo nombrarme y que quizá mañana quiera hacerlo de una manera diferente, pero esta

aproximación al tema, desde mi propio cuerpo, me ha permitido transitar y transgredir(me) tanto en la identidad como en la manera en la que puedo construir y compartir conocimiento.

V. BIBLIOGRAFÍA

- BUTLER, Judith, *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, España, Paidós, 2007.
- BLAZQUEZ, Norma *et al.* (coords.), *Investigación feminista. Epistemología, metodología y representaciones sociales*, UNAM, 2012.
- ESCUADERO ALÍAS, Maite, “La retórica ambivalente de la performance *drag king*: estereotipos y parodia de la masculinidad en un contexto anglosajón”, *Arte y políticas de identidad*, Universidad de Zaragoza, vol. 1, 2009.
- ESPINOSA, Yuderkys, *Escritos de una lesbiana oscura: Reflexiones críticas sobre feminismo y política de identidad en América Latina*, Buenos Aires-Lima, En la frontera, 2007.
- ESTEBAN, Mari Luz, “Antropología encarnada. Antropología desde una misma”, *Papeles del CEIC*, Universidad del País Vasco, núm. 12, 2004.
- HALBERSTAM, Jack/Judith, *Masculinidad femenina*, Barcelona-Madrid, Egalés, 2008.
- HARAWAY, Donna J., *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*, Madrid, Cátedra, 1991.
- LARA, Alí y DOMÍNGUEZ, Enciso Guiazú, “El Giro Afectivo”, *Athenea Digital. Revista de Pensamiento e Investigación Social*, Universidad Autónoma de Barcelona, vol. 13, núm. 3, 2013.
- PLATERO, Raquel Lucas *et al.* (eds.), *Barbarismos queer y otras esdrújulas*, Barcelona, Ediciones Bellaterra, 2017.
- PONS RABASA, Alba, “Los talleres *Drag King*: Una metodología feminista de investigación encarnada”, *Investigación Teatral. Revista de Artes Escénicas y Performatividad*, vol. 9, núm. 13, 2018.

SABSAY, Leticia Inés, “La performance Drag King. Usos del cuerpo, identidad y representación”, *Revista Question*, Universidad Nacional de La Plata, vol. 12, 2006.

VOLCANO, Del LaGrace y HALBERSTAM, Jack/Judith, *The Drag King Book*, Londres, Serpent’s Tail, 1999.